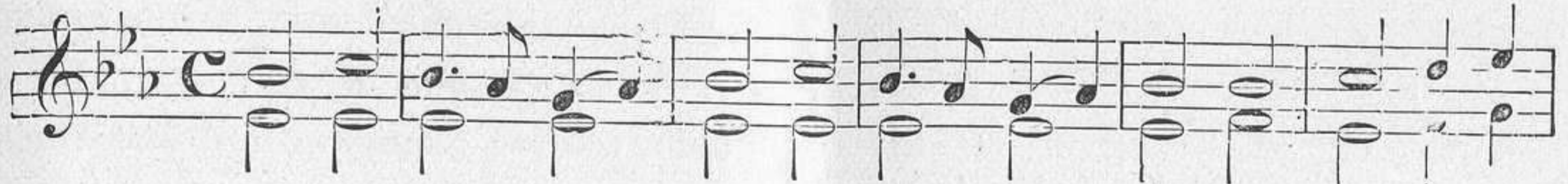


EL AMIGO DE LA INFANCIA

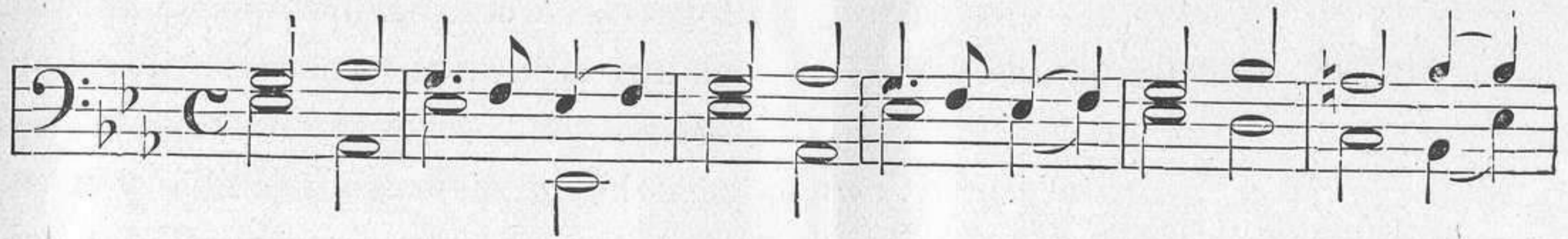
AÑO LIX.

MADRID, 22 DE MAYO DE 1932

NÚMERO 21



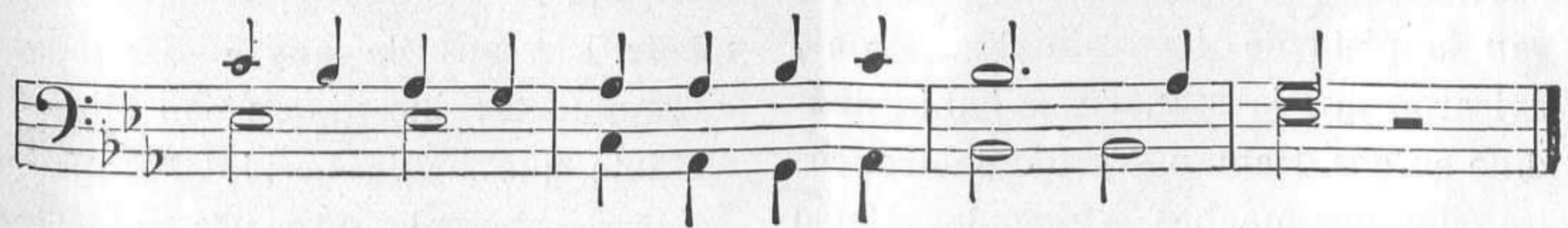
¡Glo - ria, can - to, ho - nor, Al Con - so - la - dor, Al Es - pí - ri - tu



San - to dad! El nos san - ti - fi - ca. Ya Je - sús pre - di - ca.



¡A - le - grí - a, a - le - grí - a, Cris - tian - dad!



Al Espíritu Santo

1. ¡Gloria, canto, honor
al Consolador,
al Espíritu Santo dad!
El nos santifica
y a Jesús predica.
¡Alegría, alegría, Cristiandad!
2. ¡Gloria, canto, honor
al Consolador,
al Espíritu Santo dad!
Muéstranos, fiel prenda,
la celeste senda.
¡Alegría, alegría, Cristiandad!
3. ¡Gloria, canto, honor
al Consolador,
al Espíritu Santo dad!
Con tu voz conforta
y a tu pueblo exhorta.
¡Alegría, alegría, Cristiandad!

¿Cómo llegan los elefantes a la Casa de Fieras?

(Continuación.)

A la mañana siguiente se recibió la noticia de que en el lado opuesto de la choza había elefantes, muy cerca de la valla. Llegando allí apresuradamente, el oficial se encontró que ya habían vuelto al centro del valle. A causa del monte espeso no se los veía por ninguna parte. En su busca mandó a unos soldados valientes y diestros para que siguieran la pista de los animales. Pronto avisaron que la manada se había dividido en dos. Habían espiado cuatro, entre ellos dos machos estupendos. Como

a él le importaba quitar de en medio a los más peligrosos, mandó que le llevaran al sitio donde estaban. Pudieron acercarse, hasta la distancia de quince pasos, a los descuidados elefantes.

—Descarga tú sobre el segundo—dijo al oído de Zampa; y ya estalló el primer tiro, despertando el eco de las montañas.

El paquidermo herido, al que la bala le había entrado en el cráneo por el oído, echó la trompa al aire con furiosos bramidos, dió vueltas como un peón y corrió al alto del monte, pasando muy cerca del cazador, que se apretaba contra el tronco de un árbol para protegerse. En el mismo momento también había disparado Zampa, y a corta distancia cayó el otro elefante; pero, aunque sangrando, se levantó y, tambaleándose, siguió al compañero.

El disparo de las escopetas, el continuo eco y los bramidos de angustia y de rabia de los machos, habían despertado, como es natural, a toda la manada. En toda la espesura alrededor los cazadores sentían el crujido de las ramas pisadas bajo los cuerpos gigantes de los animales, que huían en todas direcciones.

Durante unos minutos los tiradores estaban sobrecogidos, sin atreverse a respirar apenas. Si los animales, irritados, los viesan, tendrían que defenderse jugándose la vida; pero el peligro pasó. Empezaron, pues, la persecución. No podían equivocarse fácilmente. El rastro de sangre les señalaba el camino. Pronto dieron con ellos. El elefante que había herido Zampa se había desplomado sobre las patas tra-

seras, y las delanteras se erguían en el aire como dos tremendas columnas. El espinazo estaba herido y, evidentemente, el paquidermo estaba medio paralizado. Sangre salía de su boca, señal de que estaba dañado el pulmón. El otro elefante aún se tenía de pie, pero como atontado; con dos balas más, los cazadores pusieron término a los sufrimientos de las bestias.

Pero ¿qué había sido entretanto de los demás? A poco de haber sonado los primeros tiros, los cazadores habían oído gritos y chillidos desde la cumbre de las montañas. Al principio creían que sería la expresión de alegría en vista de la presa; pero pronto hubieron de convencerse, por el tiro-teo continuado y ruido siempre creciente, que los elefantes, asustados, estaban haciendo un esfuerzo por romper el cerco. El oficial mismo se apresuró para llegar al sitio del peligro. Con objeto de llegar antes, atravesó la hondonada del valle. De pronto oye a su lado el crujir del ramaje, se esconde detrás de un tronco y ya sale una hembra, con su cría, de entre la maleza. Es preciso obrar rápidamente. Por la base de la trompa entra en el cerebro el proyectil mortífero. Dando una vuelta de campana, cae desplomado el elefante. El pequeño huye, asustado, a la espesura del bosque; pero mientras el oficial, con uno de los indígenas que se le había unido, aún están al lado del animal vencido, sale de repente y ataca con su trompa a los dos hombres. Estos se salvan escondiéndose detrás del cuerpo de la madre.

Poco a poco van acudiendo más in-

dígenas, y aún varias veces tuvieron que defenderse de los ataques del animal, furioso, que siempre volvía con la madre. El oficial, que quería traer más gente para cazarle, contaba con esto. Habiendo ya reunido bastante gente, surgió la dificultad de que los indígenas, tercamente, se oponían a cazarle vivo.

Uno de los soldados declaró francamente al oficial:

—Massa, hemos venido para luchar, y si un hombre nos mata, bien está; pero no queremos perecer en un encuentro con elefantes.

El mismo oficial tuvo que dar el ejemplo. Sirviéndose de un tronco de un arbolito, a guisa de lanza, salió al encuentro del animal, que le atacó con la cabeza baja. Cuando ya le tuvo cerca, tiró el arma y echó los brazos alrededor del cuello del elefante, apretando con todas sus fuerzas la trompa contra su mismo pecho. Los colmillos, gruesos como un dedo pulgar, estaban delante del pecho del cazador. Con movimientos violentos, el animal quiere librarse del enemigo, que necesita reunir todas sus fuerzas para no soltarle y pedir auxilio a los que le rodean. Un momento todos miraban, como petrificados de horror; pero pronto acuden para ayudar; Zampa el primero. Este agarra la oreja derecha y el cocinero la izquierda; otro, la cola, y los demás se echan encima, como la jauría sobre el jabalí. Le atacan con las manos, con las uñas y hasta con los dientes. A estos esfuerzos unidos, el pobre animal tiene que sucumbir por fin.

(Concluirá.)

El que no pierde nada

Allá en un pueblo del Norte, había un hombre sirviendo en una casa de campo. A este criado, llamado Benigno, le gustaba mucho el aguardiente y por unas copas de este licor estaba dispuesto a hacer cualquier trabajo. Esto lo sabían los jóvenes del pueblo. Un domingo se reunieron alrededor de Benigno unos cuantos de ellos con una botella llena. Le presentan la botella y le dicen: "Si vas a regar nuestros prados, te damos esta botella llena de aguardiente." Benigno, todo desconfiado, pidió que se la dieran antes de partir.

Naturalmente, los jóvenes se hicieron un poco de rogar y se la dieron. Inmediatamente Benigno coge la botella y de un trago se bebe la mitad del contenido, que era petróleo.

¡Cuál no sería la alegría de los jóvenes! Todos nos la imaginamos.

Benigno llega a casa enfermo, y como el amo le preguntara qué le había ocurrido, el enfermo le cuenta la broma. Como es natural, el patrón le dice:

—Sabiendo que era petróleo, ¿por qué lo bebías?

A esto le dice:

—Mire, Alejandrín, ¿no sabe que si no lo bebía, tanto perdía?

CHISPAS

El amigo verdadero
ha de ser como la sangre,
que siempre acude a la herida
sin esperar que la llamen.

Buena muerte es lo que pido
que me de la Providencia,
porque lo que es buena vida...,
eso corre de mi cuenta.

* * *

Quando te inviten dama o caballero
a su mesa o reunión por vez primera,
procura que en la silla de madera
no se siente un madero.

* * *

Un sueño que acariciar,
una botella que abrir,
un libro que desflorar,
y en el trance de morir,
una mano que estrechar...
Ni más se debe pedir
ni más se puede esperar.

M. DE PALACIO.

CHISTES

En la escuela:

—Vamos a ver, Luisito, ¿cómo pondrías horrible?

—¡Sin hache!

—¿Cómo sin hache?

—Sí, señor; para que sea más horrible todavía.

* * *

Entre amigos:

—Si tú tuvieras cinco duros y yo te pido tres, ¿cuántos te quedarán?

—Cinco, porque no te los doy.

* * *

Entre señora y criada:

Señora.—¿Pero ha roto usted la figura y la echa al fuego?

Criada.—Es que no tenía carbón y la he hecho "cisco".